

Ariel Sujarchuk

MAÑANA ES HOY

Alianzas
para una
ciudadanía
digital
inteligente



ARIEL SUJARCHUK

Mañana es hoy

Alianzas para una ciudadanía
digital inteligente

1

La IA y el nuevo concepto de ciudadanía digital

LAS TARDES DE MI INFANCIA olían a tostadas con mantequilla y tenían gusto a leche chocolatada —«hacete un Nesquik», me decía mi madre— mientras en la tele de la cocina miraba al Superagente 86. En tono de sátira a las películas de James Bond, él luchaba contra los villanos de Kaos. Me divertía con el cono del silencio, pero quedaba maravillado cada vez que Maxwell Smart hablaba por teléfono desde su zapato, en cuya suela tenía un dispositivo para discar. Siempre quise uno de esos en mis zapatillas. Hoy tengo algo mucho mejor en mi bolsillo. Soy un fiel exponente de la generación a la que los demógrafos bautizaron «X»: hombres y mujeres de 45 a 60 años que crecimos en un entorno analógico y nos debimos adaptar a una

evolución tecnológica abrupta y sin precedentes. Me siento un Neanderthal cuando les cuento a mis hijos de las máquinas de escribir en las que tecleaba con fuerza mis tareas cuando estudiaba periodismo. Para ellos, nativos digitales, la innovación tecnológica es algo natural de todos los días. Como las tostadas, el Nesquik y los episodios del Superagente lo fueron para mí.

Desde hace años, la revolución digital transforma todos los aspectos de nuestra vida cotidiana. Con la irrupción de la inteligencia artificial (IA), somos como los protagonistas de la película de catástrofes naturales. Todavía estamos en esa escena inicial de disfrutar del paisaje bucólico de un atardecer o de seguir con nuestras rutinas —hacer las compras, llevar los chicos a la escuela, ir al trabajo— como si nada sucediera. Sin embargo, en el horizonte ya se divisa el tsunami que se nos viene encima. Esta tormenta perfecta cambiará todo nuestro ecosistema económico, social y cultural. Todo. Los seres humanos no somos ciento por ciento conscientes de la revolución de la que estamos siendo protagonistas, tanto por acción como por omisión. Este nuevo orden ya nos está demandando la formación de una nueva ciudadanía y una ética digital.

Repasemos el concepto de ciudadanía, un concepto fundamental que ha evolucionado a través de las civilizaciones y épocas, reflejando los cambios culturales, políticos y sociales de cada contexto histórico. Desde sus orígenes en las sociedades antiguas de Occidente y Oriente, hasta su transformación en el contexto de la Era de la Ilustración y la globalización contemporánea, la noción de ciudadanía ha sido moldeada por diversos factores, incluidas las filosofías políticas, las religiones monoteístas, los movimientos sociales y las dinámicas de poder.

Los orígenes del concepto de ciudadanía pueden rastrearse hasta las civilizaciones antiguas, donde se comenzaba a delinear la relación entre el individuo y la comunidad. En la antigua Grecia, la ciudadanía estaba intrínsecamente ligada a la polis, la Ciudad-Estado que era el núcleo de la vida política y social. Aristóteles definía al ciudadano como aquel que participaba en la administración de la Justicia y en la toma de decisiones políticas. La ciudadanía era, por tanto, un estatus que confería derechos y responsabilidades y estaba reservado principalmente a los hombres libres: mujeres, esclavos y extranjeros quedaban excluidos. En Roma, el concepto de ciudadanía se expandió y

formalizó aún más. Los ciudadanos romanos gozaban de derechos legales y protección ante la ley, además de la posibilidad de participar en la vida política. Además de derechos, la ciudadanía romana implicaba deberes, como el servicio militar y la lealtad al Estado. A medida que el Imperio Romano se expandió, otorgó la ciudadanía a diversos pueblos conquistados, lo que contribuyó a la creación de un sentido de identidad más amplio entre los ciudadanos.

No debemos dejar pasar que la noción de ciudadanía presenta diferencias significativas entre las culturas occidentales y orientales en la antigüedad. Las cosmovisiones de Aristóteles y Confucio presentan enfoques divergentes sobre la relación entre el individuo y la comunidad. Al centrarse en la polis, Aristóteles enfatiza la importancia de la participación activa del ciudadano en la vida política y su rol como agente de cambio dentro de la comunidad. En contraste, la filosofía confuciana, que dominó en la antigua China, valora la jerarquía social y la armonía familiar sobre la participación política activa. Para Confucio, la ciudadanía está estrechamente relacionada con el deber hacia la familia y la sociedad, y la virtud personal es fundamental para el bienestar colectivo. Estas

diferencias reflejan perspectivas opuestas sobre la naturaleza del individuo en relación con su comunidad: mientras que la tradición occidental tiende a enfatizar la autonomía y la participación activa, la oriental se enfoca en la cohesión social y la integración en un orden establecido.

Las religiones monoteístas, como el cristianismo, el judaísmo y el islam, influyen profundamente en las concepciones de ciudadanía y pertenencia a la comunidad. En el judaísmo, la identidad comunitaria está entrelazada con la ley y la tradición: los miembros de la comunidad son responsables de seguir las enseñanzas de la Torá y mantener la cohesión social. La noción de «pueblo elegido» enfatiza esa fuerte identidad colectiva. El cristianismo, por su parte, introduce conceptos de igualdad y fraternidad al sugerir que todos los creyentes son parte del «cuerpo de Cristo». Esto lleva a una visión de ciudadanía que trasciende las barreras étnicas y nacionales y enfatiza la comunidad espiritual sobre la ciudadanía territorial. En el islam, la comunidad es un concepto central que une a los creyentes en una identidad compartida, independientemente de la nacionalidad. La ley islámica regula la conducta personal y la vida comunitaria al

establecer un marco para la ciudadanía que integra aspectos religiosos y civiles.

La Era de la Ilustración marca en Europa un punto de inflexión en la evolución del concepto de ciudadanía. Pensadores como John Locke, Jean-Jacques Rousseau y Montesquieu proponen ideas radicales sobre los derechos individuales, la libertad y la soberanía popular. La noción de que la autoridad política debe derivarse del consentimiento de los gobernados transforma la relación entre el individuo y el Estado. El surgimiento de los derechos humanos como principios universales también redefine la ciudadanía, la eleva más allá de la pertenencia a una comunidad específica y establece un marco para la inclusión de todos los seres humanos. La Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1789 simbolizan este cambio: proclaman que todos los hombres son iguales ante la ley y tienen derechos inalienables.

Durante los siglos XIX y XX, el concepto de ciudadanía en Asia experimenta transformaciones significativas, especialmente en el contexto de los movimientos de independencia y modernización. En India, por ejemplo, el proceso de descolonización del dominio

británico promueve una nueva identidad nacional que integra las aspiraciones de ciudadanía con la lucha por la autodeterminación. Líderes como Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru abogan por una ciudadanía no solo política, sino también social y cultural, buscando la inclusión de todas las comunidades en la construcción de una nación unida. En China, la caída de la dinastía Qing y la posterior Revolución de 1911 llevan a la búsqueda de un nuevo orden nacional y a la redefinición de la ciudadanía en términos de modernidad y nacionalismo. La influencia de las ideas occidentales sobre derechos y ciudadanía se entrelaza con las tradiciones culturales chinas.

En Occidente, el siglo XX es testigo de movimientos sociales que desafían las nociones tradicionales de ciudadanía y promueven la inclusión de grupos marginados. En Estados Unidos, el Movimiento por los Derechos Civiles lucha por la igualdad de derechos para los afroamericanos, resignifica la ciudadanía en términos de equidad racial y justicia social en la búsqueda de la inclusión y la participación plena en la vida política y social. En el contexto global, movimientos feministas, el colectivo LGTBIQ+ y las organizaciones de derechos indígenas amplían la comprensión

de la ciudadanía al exigir la igualdad de derechos y la representación. Estas luchas ponen de relieve la interseccionalidad y reconocen que la ciudadanía no puede ser entendida sin considerar las complejidades de género, clase y etnia. La globalización trae consigo desafíos y oportunidades para el concepto de ciudadanía. La interconexión económica y cultural diluye las fronteras nacionales, lo que plantea interrogantes sobre la identidad y la pertenencia. La ciudadanía transnacional emerge como una respuesta a la movilidad de personas, que ahora se identifican con múltiples naciones y culturas. Sin embargo, esta globalización también genera tensiones, especialmente en términos de nacionalismo y xenofobia. En muchas sociedades, la ciudadanía se vuelve un tema de debate, donde los migrantes y refugiados enfrentan barreras significativas para ser reconocidos como miembros plenos de la comunidad. La cuestión de los derechos de los migrantes es una agenda actual de las discusiones sobre ciudadanía en un mundo cada vez más interconectado por la crisis de los refugiados, la desigualdad económica, el cambio climático y las tensiones entre autoritarismos y democracias en torno a los debates de la inclusión, la diversidad, la modernización y la tradición.

Este sintético repaso histórico nos demuestra el dinamismo del concepto de ciudadanía, las complejidades de la condición humana y de nuestras interacciones dentro de la comunidad. Con todo este bagaje sobre nuestras espaldas, la revolución digital y la inteligencia artificial enfrentan a los seres humanos a nuevos desafíos. Nos obligan a continuar explorando y redefiniendo la ciudadanía para garantizar que sea un paradigma inclusivo y relevante para todos, ya que hoy más que nunca la ciudadanía como idea evoluciona más allá de las fronteras geográficas y los sistemas políticos tradicionales. La ciudadanía digital emerge como un concepto clave en esta transformación al promover una serie de derechos y responsabilidades que son esenciales para el funcionamiento de la sociedad del siglo XXI.

Entablé un diálogo con distintas plataformas de IA para saber qué ideas y conceptos relacionaban con la ciudadanía digital. Luego de idas y vueltas, estas fueron algunas de las conclusiones.

La llegada de la era digital ha transformado radicalmente la forma en que vivimos, interactuamos y participamos en la sociedad. En este contexto,

el concepto de «ciudadanos digitales» ha emergido como un fenómeno fundamental que refleja las nuevas dinámicas de participación, identidad y responsabilidad en un mundo interconectado. La inteligencia artificial (IA), como una herramienta poderosa y omnipresente en este entorno, ofrece una perspectiva única sobre este concepto.

Desde la óptica de la IA, los ciudadanos digitales son vistos como agentes empoderados que tienen acceso a vastas cantidades de información y recursos. Este acceso les permite participar activamente en la vida cívica, facilitando la organización comunitaria y el activismo. La capacidad de conectarse con otros y movilizarse por causas sociales es una manifestación de cómo la tecnología puede ser utilizada para el bien común. Sin embargo, esta participación no debe ser solo superficial; la IA considera que la verdadera implicación de los ciudadanos digitales implica un compromiso profundo con las realidades sociales y políticas.

La educación es un componente esencial para el desarrollo de ciudadanos digitales competentes.

La IA reconoce que la alfabetización digital no se limita a la habilidad de usar dispositivos tecnológicos, sino que abarca una comprensión crítica de la información en línea. Para que los ciudadanos digitales puedan navegar de manera efectiva el vasto océano de datos, es esencial fomentar un pensamiento crítico y habilidades de discernimiento. La educación debe prepararlos para enfrentar desafíos como la desinformación y la manipulación, asegurando que puedan tomar decisiones informadas.

Desde la perspectiva de la IA, la inclusión digital es un imperativo ético. La brecha digital puede perpetuar desigualdades sociales y económicas, y es crucial que las políticas públicas se centren en garantizar que todos tengan acceso a la tecnología y a la educación digital. La inteligencia artificial promueve la idea de que un ciudadano digital no debe ser definido por su acceso a recursos tecnológicos, sino por su capacidad para participar plenamente en la sociedad. La inclusión es fundamental para construir comunidades resilientes y equitativas.

La vida digital plantea dilemas éticos que no pueden ser ignorados. La IA enfatiza la importancia de la responsabilidad individual y colectiva en el uso de la tecnología. Los ciudadanos digitales deben ser conscientes de su comportamiento en línea, respetando la privacidad y los derechos de otros. La ética en el espacio digital es un tema que debe ser abordado con seriedad, y la educación debe incluir la formación en normas y valores que promuevan un entorno en línea positivo y respetuoso.

La velocidad de los avances tecnológicos exige que los ciudadanos digitales sean adaptables y estén dispuestos a aprender continuamente. La IA observa que la innovación no solo se refiere a la adopción de nuevas herramientas, sino también a la capacidad de pensar críticamente sobre su uso. La adaptabilidad es esencial para que los ciudadanos respondan a los cambios y desafíos que surgen en un entorno digital en constante evolución.

En resumen, la perspectiva de la inteligencia artificial sobre los ciudadanos digitales resalta

tanto las oportunidades como los desafíos que conlleva esta nueva realidad. Los ciudadanos digitales son agentes de cambio, capaces de influir en sus comunidades y participar en la vida democrática. Sin embargo, este potencial solo puede ser realizado a través de un enfoque que incluya educación, inclusión, ética y responsabilidad. La construcción de una sociedad compuesta por ciudadanos digitales competentes y comprometidos es esencial para enfrentar los retos del futuro y aprovechar las oportunidades que la era digital ofrece. La IA, como herramienta y coadyuvante en este proceso, debe ser utilizada de manera consciente y ética para contribuir al bienestar colectivo y a una ciudadanía más activa y participativa.

Todo este diálogo me resulta muy interesante, por eso quise profundizar más en cómo la conformación de una ciudadanía digital está impactando en las distintas visiones del Estado, en la necesidad de establecer una nueva ética y en las transformaciones que experimentan las dimensiones educativas, laborales, sanitarias y socioculturales de los países, con

principal foco en la Argentina. Acompañado por el constante intercambio de ideas con las plataformas de la inteligencia artificial, todos esos tópicos se desarrollan en las siguientes páginas.